

El 15 de Agosto del 2007, en el centro del Perú, ocurrió un tremendo terremoto (Grado 8 en la Escala de Richter) que azotó una vasta zona con epicentro en la ciudad de Pisco. De allí que si bien hubieron otras ciudades afectadas (incluida Lima capital), se lo llamara: el 'Terremoto de Pisco'. El poder del movimiento fue impactante pues hubo estragos por doquier. La ciudad mencionada quedó destruida en un 80% y hubieron cientos y cientos de muertos; miles de heridos y se contabilizaron 80,000 viviendas devastadas, dejando a varios cientos de miles de damnificados no solo en Pisco, sino también en Lima, Ica, Huaraz, Pucallpa y Cusco.

Tras el impacto, todo el país, liderado por la gran masa de gente de Lima, se moviliza en apoyo de las víctimas. Como en esa época vivía en Lima, colaboré con el aporte de ropa, alimentos y dinero; pequeño aporte supongo ante la magnitud del daño, pero dentro del dolor de ver a tanta personas afectadas, me hizo bien dar algún apoyo y sobretodo, ver a un montón de gente de pueblo, con pocos recursos, muy preocupada, comprando agua, alimentos y vituallas para enviar a los damnificados de la zona del desastre.

Eso llevó a que por todos lados se crearan centros de acopio donde se acumulaban bultos con ropas, comida, agua, carpas y enseres varios.

Recuerdo el día en que pasé por uno de esos centros, cuando me llama la atención una bolsa de tejido plástico de red. Amarilla. Cerrada por arriba con un lazo negro. Adentro: choclos maduros. Recostada contra otras bolsas y algunos cajones mostraba en su costado un gran letrero, un cartel cuidadosamente manuscrito donde el donante había escrito con su mejor saber y entender el siguiente mensaje:

'Gracias Diosito'.



Quedé mirando extasiado esa muestra de devoción y haciendo abstinencia del drama intrínseco de tanto bulto listo para paliar situaciones de tragedia, comencé a pensar intentando descifrar que tipo de personaje, o mejor aún, que personalidad podría haber escrito tal mensaje de agradecimiento. Por encima de ello, traté de encontrar el objeto o la razón por un agradecimiento al Dios que fuera.

¿Sería porque la ocasión le daba a quien había llevado el fardo la posibilidad de ayudar a alguien? ¿Sería porque afortunadamente no todos se habían muerto, sino que quedaba aún alguien medio vivo que pudiera alimentarse con este envío salvador? ¿Sería por el contrario lo que el receptor de tal regalo debería exclamar al recibir el maíz? ¿Sería quizás porque en nuestra desesperación existencial, ante la remota y eventual tabla de salvación que nos brindan las religiones... todo está bien y hay que agradecer; aunque ese 'todo' incluya dolor, muerte, angustia, sufrimiento, pánico? Y seguí elucubrando...

¿Por qué debería quien hace esa amorosa entrega, tener que agradecer el poder tener una actitud ligada a un acto de piedad? ¿A una acción básica de humanitarismo y compasión? ¿O si es para quien recibe los choclos... porqué tendría que agradecer la dádiva bajo estas circunstancias de desastre y dolor?

Si hasta para mucha de esa gente que salvó sus vidas, agradecer no ya un poco de comida sino la existencia de su propia vida, quizás ni tuviera sentido; puesto que su futuro luego de la destrucción, había quedado abrumado por la desesperanza, la incertidumbre, el dolor y el llanto por los seres amados sepultados bajo los escombros.

Ese cartel con tal agradecimiento me desorientó. ¿Cómo pudo quien escribió tal cartel, encontrarle algo de positivo para así agradecerle a este buen Dios tal catástrofe?

Porque en ese momento, sentí muy dentro mío, que en esta vuelta, Dios no se había portado con la bondad que le achacan. Aunque... reconozco... que tampoco lo creo malo de corazón.

Me gusta lo que dice el biólogo Richard Dawkins en su libro 'River out of Eden':

"Si Dios existiera, en el mejor de los casos sería un ser.... ¡totalmente indiferente!"

Y esto de la indiferencia suprema, me llevó a recordar un jugoso relato que Jardiel Ponsela presenta en su libro 'La tournée de Dios' (Plaza & Janes, 1981). Relato que copio a continuación:

"Dios decide bajar al mundo, y para mostrar que él es quien dice ser, promete con un milagro, tirar abajo la torre de Pisa. Esto se hace público y se juntan miles de fieles para ver si la torre cae. Ante la multitud, Dios, en efecto, hace inclinar la estructura y justo cuando está por derrumbarse, aparece un niño debajo. ¡La caída de la estructura matará al niño! Dios se concentra, la torre se yergue y cae ahora para otro costado. El niño se salva! Pero... como está lleno de gente, mueren en cambio, varias decenas de hombres y mujeres, policías con sus caballos y hasta algún vendedor de estampitas que estaban del otro lado. Cuando se le increpa a Dios este desatino; el anciano responde amablemente: 'No es que quisiera salvar al niño. Sucede que justo cuando estaba por caer la torre, me di cuenta que dada la inclinación que ya tenía, la gente podría pensar en una caída natural y no en un verdadero milagro mío. Ahora todo está bien'. Y sonriendo... continúa firmando autógrafos."

Quizás por un poco de envidia vuelvo al talentoso escriba que libre y públicamente puede enviar mensajes al cielo utilizando sacas de maíz.

Aclaro que no quiero conflictos con este honrado ciudadano, pero sí querría que tanto él como yo disfrutáramos de iguales derechos.

El escriba: el de poder agradecerle a su Dios (no sé si era el Dios cristiano o el de alguna otra religión), que metiera sus narices y nos mandara un terremoto devastador, ya sea por una noble intención purificadora, castigadora o para que logremos nuestra salvación; mientras que yo por mi lado apelo y exijo el derecho de poder dudar, tal como Dawkins o Ponsela lo hacen. Pues ellos, y yo con ellos, dudamos del interés del Supremo en enviarnos males como pestes y calamidades. O cosas lindas; como las de hacer que la apetitosa vecinita nos tire una sonrisa prometedora o que nuestro equipo de fútbol gane el clásico del domingo.

Quiero poder creer que estos buenos amigos celestiales, ni siquiera están mínimamente interesados en lo que nos ocurra antes, durante o después de los sacudones como el de Pisco.

Si esa igualdad se nos concede, hay que saber que la misma tendrá, inevitablemente, matices distintos.

El escriba de la bolsa con choclos, podrá gritar a voz en cuello que todo lo sucedido es para bien de todos, en especial de los damnificados. Podrá, como complemento al letrero de su bolsa, escribir en otros costales, en cajas, en bultos y en armazones: '¡Que suerte que Dios se acordó de nosotros!' ó '¡Dios, que grande eres!' ó '¡Danos más de lo mismo!' y hasta podría intentar algo así como un: 'Dios 1 - Pisco 0'.

Si la igualdad es concreta y cierta; yo, en cambio, estaría absolutamente autorizado a sonreír, burlón; al leer el artículo de Pagina 12 de Buenos Aires (edición 18.08.07) que llevaba por título: 'Milagro en la Parroquia' donde se relata que (Textual): 'el cura de la catedral de Pisco se salva entre los escombros del techo derrumbado cuando se desencadena lo peor del terremoto, mientras que a su alrededor cerca de 300 feligreses que habían buscado refugio en la iglesia mueren aplastados'.

También estaré habilitado para pensar en lo provechoso que son estos hermosos milagros que le dan a los diarios la posibilidad de informar, educar y entretener a la comunidad.

Para terminar. Cada vez que suelto algo como el escrito ut supra, hay no pocas personas inteligentes y que me respetan, que no pueden evitarme una condena severa. Amigos íntimos que me quieren bien, pero que igual se enojan conmigo por ésta, mi tranquila incredulidad. Por mi sereno ateísmo...

Pero todos los que conmigo se indisponen no podrán dejar de reconocer que lo mío tiene ciertas ventajas. Una de ellas es la de no tener que agradecer, como el señor de la bolsa de maíces, las curiosas intervenciones no solo del Dios en el que podría creer; sino de toda la gama de seres del otro lado, que... ¿Por qué no? También podrían estar manejando y entrometiéndose en nuestra vidas, mandándonos terremotos para que se nos caigan los adobes en la cabeza o salvándonos de entre los escombros. Porque...

¿Se imaginan tener que escribir en otros tantos costales de trigo o de maíz agradecimientos a todos los santos y demonios; a las brujas, las hadas, los omes granizos, los crepazeros, el duende carapuchete, el guerrero legendario y a Galino Galinás?

Sin olvidar al intrépido jinete Franceset, el gigante Losilbán, el tentirujo, a los caballucos del diablo, los mengues y el ramidreju; a los enanucos bigaristas, las ijanas y los basiliscos, la mantícora alada, el leviatán, el kraken marino; a no pocas dríadas que ya sabemos lo mañeras y jodidas que son y a no dudar que no podríamos tampoco dejar de lado al Naga y a Orco quien con sus piernas arqueadas y peludas, su monstruosas facciones y esos enormes caninos tanto miedo meten a los niños que se internan en el bosque y confieso que... ¡hasta a mí también me hacen temblar! (Brrr!)